

CAPÍTULO SEGUNDO

GRILLPAZER: REBELIÓN FESTIVA, REPRESIÓN LUCTUOSA

Si 1848 es la cifra de una cesura histórica decisiva en Francia e irradiando desde ahí un decisivo parteaguas europeo (33), no debe pasarse por alto lo acontecido en Viena, que a partir del célebre Congreso (1812-14) habíase convertido en el eje del legitimismo metternichiano y en un crisol ferviente, en una compleja encrucijada del pensamiento, incluido el saber político y sus resultantes jurídicos, arropados por una aristocracia ilustrada y la cultura burguesa. Para entonces, el entendimiento sintético del nuevo pensamiento alemán en la literatura y en la literatura política (pues ésta puede auxiliar en la hermenéutica de ésta), se cuenta con la obra de Claudio Magris³³ y, recientemente, con la imprescindible monografía de Safranski.³⁴

La revolución vienesa de 1848-1849 fue “mucho ruido para nada”, dice Magris, mucho ruido y pocas nueces: “En réalité les événements autrichiens de 1848, malgré leur apparente incohérence ont une signification complexe, vertout d’un point de vue éthico-politique”.³⁵ Es la Viena imperial en la que, más tarde, Karl Kraus denunciara a través de las páginas de ese asombroso órgano periodístico unipersonal. Die Flackel: “Los derechos humanos son ese juguete de los adultos, fácilmente desgarrable, que ellos desean pisotear y, por eso, no quieren que se lo quiten”.³⁶ Para llegar hasta eso, hasta tal desengaño, era menester haber vivido otros, personales y colectivos. La encrucijada vienesa reconocía los distintos horizontes desde los que arrancaban aquéllos, y su naturaleza multinacional y pluricultural propiciaba una visión más colorida que las puramente nacionales enriquecidas además por la tradición (a veces exagerada por sus apologistas) intelectual, académica y

³³ Especialmente *Le mythe et l'Empire*, París, 1991.

³⁴ Safranski, *Romantik. Eine deutsche Affaire*, traducción española de R. Gabás, México, 2009: “El romanticismo, un asunto alemán”.

³⁵ Magris, *op. cit.*, p. 119.

³⁶ *Karl Kraus y su época*, Madrid, edición de Marezzi y Muñoz, 1988, p. 93.

artística de Vindobona, que vivía, esquizofrénica, un liberalismo sin nacionalismo, cuando esta dualidad era inseparable en el resto de Europa:

“Une nécessité fatale poussait les libéraux austro-allemands à s’opposer aux réindiqués des autres peuples de l’empire, aux quels un système libéral représentatif eût donné une écrasante supériorité numérique et politique”.³⁷ Es un lugar común sostener que la revuelta vienesa de 1848-1849 fue una suerte del 1868 francés: estudiantes, combates callejeros contra las fuerzas del orden, cierto infantilismo político y un adarme lúdico, necesario a veces para ir tirando. Grillparzer, poeta ya consagrado, se unió al coro literario que festejaba aquella rebeldía refrescante.

Un sentido de pertenencia solidaria encontró Grillparzer en la “fiesta vienesa, el festejo del alma” al que se abandonaba feliz.³⁸ Grillparzer —afirma Manzano— había sufrido la severidad paterna, el suicidio de su madre, la pena del amor frustrado y la soledad. El rictus severo de su afilado rostro, flanqueado por unos pómulos que parecían traspasar la palidez de su tez; el prognatismo cerraba los apretadísimos labios cual una fina línea horizontal que parecía resguardar herméticamente la tragedia secreta de su vida.

Fue el poeta un joven letrado en leyes al servicio de la monarquía habsburguesa y un beethoveniano vehemente, inspirado en la poética y moral del de Bonn. Grillparzer pareció compartir la concepción de Lenz, para quien, con la imitación de los grandes, se alcanzaba el propio arte. Epigrama, autobiografía y espléndidos retratos de hombres de letras y artistas acabaron por confirmar la calidad del autor de *La judía de Toledo*, *Safó* y *Los argonautas*. El teatro lo decepcionó y “vivió de mal genio —afirma Manzano— sus últimos años que concluyeron en 1872”. Kafka dijo que Grillparzer fue para él “un verdadero hermano de sangre”, lo que sin duda no es poco.

¿Una revolución la vienesa de 1848?: efímera y sangrienta revuelta fallida compuesta de numerosos estudiantes de una universidad que parecía haber conocido unas largas vacaciones de febril actividad que no se veía, bien a bien, a dónde conduciría; un indudable entusiasmo verbal por las libertades; unas “marsellesas” incesantemente entonadas día y noche, y la efusión sentimental irrefrenable, ofreciendo flores y listones multicolores y pastelillos de crema a esos valerosos combatientes; en suma, nada más alejado de lo heroico ni más cercano a una grande y larga *kermesse* popular. Las cosas comenzaron a tomar un cariz inesperado (abolición de la servidumbre), y las cabezas de los radicales de la izquierda liberal asustaron de veras a los

³⁷ Magris, *op. cit.*

³⁸ Manzano, Lorel, “Franz Grillparzer. El pobre músico, en Laberinto”, *Milenio*, México, 16 de febrero de 2013, p. 2.

pacíficos y melómanos vieneses y la “revolución” y “el heroísmo” desaparecieron, no precisamente como por ensalmo, sino gracias a la policía de guardias nacionales y a la sanguinaria severidad de Radetzky. El fracaso de la “revolución vienesa” fue la señal de una conservadora contraofensiva general en la zona alemana y en la de la crisis del dualismo austro-húngaro. El *Reichstag*, cansado de la fiesta popular, le suplicó a Fernando I que se dignara regresar a Viena, mientras el gobierno imperial proclamaba el estado de sitio en Hungría, disolvía la Dieta y nombraba, para los magiares, un comisario real.

Marx y Engels —dice Jean Sigmann—,³⁹ ellos tampoco, manifestaron ningún interés en el padecimiento húngaro, aunque la reacción intentó evidentemente aplastar las libertades, primero en Pest y después en Viena. “La multitud se procuró 30,000 fusiles en el arsenal”, pero la inexperiencia, los desvaríos y las indecisiones de los líderes demócratas, “incapaces de forjar, al calor de la acción, organismos adaptados a una situación que ellos habían creado”, llevaron a la ya acostumbrada tentación de encaramarse sobre los demás constituyendo el “Comité de Salud Pública”, remedo del jacobino. Blum y Fröbel fueron mandatados por la izquierda a fin de conseguir el apoyo alemán a la insurrección, sabiendo que, desde Olmütz, el emperador había decidido aplastarla “entre el 16 y 19 de octubre”. Hasta el 31 se desarrollaron combates callejeros. El 1o. de noviembre volvió a izarse en Viena el pendón imperial. Entonces murieron entre 2,000 y 5,000 insurgentes, 1,100 soldados y 60 oficiales.

“En Viena, como en París, la proporción de los vencidos masacrados después de la rendición es anormalmente elevada... Con amplia participación obrera —la guardia móvil proletaria es punta de lanza— la Revolución Vienesas, expresa las *aspiraciones políticas y nacionales* de las masas populares”.⁴⁰ El estado de sitio no se levantó sino hasta mayo de 1849. La represión de los proletarios y de los demócratas vieneses desencadenó esfuerzos paralelos por restablecer el absolutismo y el prestigio dinástico. Fernando I abdicó en su sobrino Francisco José, y Blum y Fröbel fueron condenados a muerte, el primero, fusilado y el segundo indultado, a pesar de la inmunidad parlamentaria de ambos, lo que anunciaban el ocaso de tal modo de gobernar, pues esa corporación, el parlamento, era impotente para proteger a sus socios, y no imponía ya respeto alguno (lo que hoy no es tampoco infrecuente).

³⁹ Sigmann, Jean, *Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, 1977 (traducción del francés de V. Testa), pp. 242-249.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 248.

En aquella asonada, los escritores que la vivieron pasaron pronto del entusiasmo irrefrenado a un oportuno escepticismo, ante la radicalización del movimiento y la presencia creciente de proletarios y campesinos, que anunciaban otras reivindicaciones, mucho más onerosas y “disolventes”. Además, las pretensiones de los magiares se parecían ominosas para la cohesión del Imperio Imposible, aquel mosaico de lenguas y religiones sentido como confortable sólo desde los cafés de Viena, donde lectores compulsivos de decenas de periódicos de toda índole daban cauce a la futura “opinión pública” odiosamente falsa a los ojos de Karl Kraus. Pero, entretanto, seducía a los ávidos lectores de café (que eran legión), como los diarios lo eran también. Una actitud de recatada contención burguesa, y de un falso respeto a las instituciones, sobre todo a la Casa de Austria, que estrenaba a su joven emperador enamorado de Elizabeth de Baviera (“Sissi”, que acabaría siendo la víctima elegida por el terrorista separatista que traspasó su imperial corazón en el lago de Ginebra) que daría pie a retractaciones como la de Bauernfeld quien, en las jornadas vienesas de marzo, sólo veía “una agitación general e incoherente, en la que nadie sabía que debía hacerse ni lo que quería evitar u obtener”.

Durante aquellos días de incertidumbre y desconcierto, confundido el ánimo de los súbditos imperiales por el inusitado espectáculo, Johann Strauss componía alegres marchas y su padre alcanzaba la más alta cota de su popularidad con la “de Radetzky”, dos veces heroico restaurador del orden, severo padre militar de la normalidad burguesa austrohúngara y la garantía más confiable del régimen.⁴¹

Magris sostiene⁴² que la mayoría de los escritores vieneses, temerosos de la anarquía y preocupados por la unidad de la patria, abandonaron su inicial entusiasmo *progre* y llamaron a recuperar el orden y la antigua seguridad del Estado. Grillparzer convertía en irrisoria la debilidad gubernamental, comparable a sus ojos a la del pastor, tan amable, que no hace nada contra el lobo depredador de su disperso rebaño, por temor de importunarlo.

“En somme, la vielle idée conservatrice retrouvait la faiseur des écrivains et le document le plus remarquable de cet état d’esprit, ce sont les souvenirs de Grillparzer sur 1848, écrits entre septembre et octobre 1850”. La revolución vienesa había devenido una aventura exótica y extravagante, una manifestación de jóvenes necios, alentada por la proverbial vanidad de algunos hombres de letras; en suma, era una revolución “alegre”, más de lo que cabe imaginar.

⁴¹ Aquel título de la obra musical es también de la novela de Joseph Roth (1894-1939), que recrea literariamente el declinar imperial.

⁴² Magris, *op. cit.*, pp. 124-126.

Entre los recuerdos de Grillparzer no hay una sola palabra sobre los derechos del pueblo, considerando una masa pintoresca y agitada, contemplado con divertida curiosidad y superficialidad, típicamente vienesa. Grillparzer, cabe aclarar, había detestado a Metternich y su sistema policiaco-clerical, pero terminaba ahora por verlo como el único capaz de dirigir los acontecimientos y recuperar el orden perdido, apostándole a un funesto inmovilismo, progenitor idéntico al del célebre Congreso de hacía muchos años.

La obra de Grillparzer —afirma Magris— encarna “el mito habsburgués” en su perfección trágica, que el desastre de 1914 lo disolvería en sangre. Una *concepción antiliberal de la libertad es el fondo de su pensamiento político*, pensamiento refractario al progreso y a las virtualidades del derecho, adicto a una pasividad pesimista y despectivamente elitista. Hay que advertir que dicha *Weltanschauung* venía del hecho innegable de ser el sistema habsburgués una autocracia que no guardaba relación alguna con el autoritarismo represivo de los Estados alemanes, Prusia a la cabeza. Austria era otra cosa bajo la divisa “Bella gerant autrí, tu felix Austria nube” (“Que la guerra la hagan otros, tu Austria feliz, cástate”), pues las alianzas dinásticas matrimoniales son un tanto menos dolorosas que las guerras. En el sistema sobresale el ropaje burocrático de la dignidad imperial, deber imperioso pero claro, nada glorioso, una carga más que un privilegio, encarnado este ideal en el tristán Francisco José, que se sobrevivía a sí mismo, encadenado a su escritor Biedermaier, desde el que contemplaba, muy irritado, la nueva arquitectura de Adolf Loos. Pero aún siendo tan distinta Austria al resto de lo alemán, había quedado aherrojada por un fanático del orden y la inmutabilidad política, y entre Metternich, Castelreagh en Londres y Pozzo di Borgo en Moscú, habían tejido la telaraña para cazar revoltosos, una cerradísima red de atrapaliberales, una trampa para terminar por inmovilizar los derechos universales tan temidos.

La idea que se hace Grillparzer de la autoridad y el poder regio proviene de la crítica de un tipo de monarquía ilegítima y opresora, apoyada por sables y charreteras y en el orgullo nacionalista antes que en los derechos de la tradición y la legitimidad, como quería Metternich; un poder no sostenido ni afinado por la nobleza como misión secular ni por la conciencia de ser portadora de un orden superior. Nada más alejado de la dignidad bizantina de la Hofburg que las dictaduras personales, inquietas y ambiciosas, de los advenedizos de la época (Napoléon III, Bismarck) que, siéndolo, encabezaban empero la nueva supremacía política, desplazando la secular preponderancia de los Habsburgo.⁴³

⁴³ Magris, Claudio, *op. cit.*, pp. 139 y ss.

En su drama *Ein treuer Diener seines Herrn* (“Un fiel servidor de su rey”, 1828), Grillparzer evocó al Gran Canciller Clemente Metternich,⁴⁴ su falsa heroicidad y su fidelidad a los deberes del cargo y al ideal burocrático del Estado austriaco, antihéroe por antonomasia. Su único objetivo se tradujo en preservar al país de discordias y desórdenes, manteniendo la rutinaria regularidad cotidiana de la cancillería del Estado, tal como si el emperador despachara desde ella, aun cuando sólo le estuviera permitido leer y firmar “con silenciosa devoción, desprovista de todo énfasis”, política precisa y meticulosa, apegada estrictamente a las costumbres reglamentadas, ajena a todo deseo personal, enemiga jurada de cualquier innovación.

Mucho más tarde, Hofmansthal acuñará su tesis con estos materiales, afirmando que “toda dignidad humana está ligada a la constancia, a la fidelidad, a la memoria”, que había ya tenido su correlato en una frase sentenciosa del personaje de Grillparzer, al definir su sistema: “la conservación de la paz, de la tranquilidad y del orden, *la política de la resistencia*”. Fue, en verdad, tal y como lo dijo un día, “la roca del orden”. Saldría muy pronto corriendo hacia Inglaterra, en donde ya lo esperaba Luis Felipe y otros célebres fracasados.

Hay en Grillparzer otra idea central de su visión política, la de un pueblo en el que la alegría vienesa interminable hace desaparecer toda diferencia social, puesto que, en virtud de aquella “fiesta del espíritu”, se hacen a un lado los proyectos individualistas y se cobra así conciencia de ser parte de un gran todo en el que, al fin y al cabo, reside lo divino.

El sistema jerárquico de la monarquía danubiana era pensado por Grillparzer como aquel gracias al cual el hombre débil encuentra su fuerza en ese gran todo, en el que sus padres han crecido y en el que seguirán creyendo sus hijos.

“Ese —dice Magris— es el ‘pueblo’ sobre el que reposa la monarquía danubiana, al que envuelve un paternalismo de tintes religiosos”.⁴⁵

En la oda *In deinem Lager ist Österreich* (“Austria está en tu campo”), Grillparzer celebró a Radetzky, quien en julio de 1848 había destruido las esperanzas del *Risorgimento* austriaco. Prototipo del alto militar de la monarquía, groseramente rudo y letalmente eficaz, fue acompañado en su cabalgata represora por la chispeante tonadilla de Strauss. Nadie parecía tener la menor preocupación por la suerte de los revolucionarios, entonces ya fracasados, ni por las víctimas mortales de uno y otro lado. Radetzky llegó a simbolizar “la unidad de la patria”, y el ejército, mezcla de hombres de todas las naciona-

⁴⁴ Carrillo Prieto, *Derechos...*, el capítulo sobre Metternich.

⁴⁵ Magris, *op. cit.*, p. 147.

lidades, fue el instrumento para contener las irresistibles fuerzas centrífugas de aquel imperio.

En la fábula “Libusa” sostuvo Grillparzer un conjunto de ideas desconcertantes: al amor se opone el derecho de cada quien: “Derecho es la palabra, que, de todas las de la lengua, más detesto. Palabra odiosa cual ninguna otra”. ¿Tienes derecho a respirar y a vivir? Lo que yo veo, por todos lados, son dones gratuitos, no derechos. Ayudar al pobre, amar a tus hermanos; he ahí tu derecho, he ahí, ante todo, tu deber. “El derecho no es sino el nombre engañoso que se le da a toda injusticia sobre esta tierra”.⁴⁶ Se ha llegado a decir que Grillparzer tenía incurable aversión a toda reivindicación de los derechos, pues olvida, menospreciándolos, los sagrados deberes del hombre. Esta era también la idea habsburguesa —dice Magris— de la religión de la jerarquía, “esa democracia venida desde lo alto”. Contra la ley y el derecho inalienable que hace de cada persona un ciudadano, apelaba a la “armonía religiosa” y... a la gracia Divina. Desde la cima de un antihistoricismo conservadoramente ciego, Grillparzer postulaba que la marcha de la historia era, en realidad, el camino del envilecimiento radical de la felicidad primitiva, una progresión hacia la barbarie, enmascarada de ilusorias conquistas materiales, historia de las irrefrenables y destructivas ambiciones individuales. Hay aquí algo de Rousseau, sin la hondura de éste y sin sus equilibrios, un Rousseau de *kiosco* vienés,⁴⁷ sumiso, dócil, sin los tormentos interiores que hirieron e hicieron fuerte al ginebrino. A Grillparzer lo que le atormentó fue la tragedia de la previsible declinación habsburguesa, esa inútil lucha contra el tiempo, en la que sucumbiría finalmente la dinastía. En dicho combate la multitud no es sino una bestia; el pueblo, un conjunto inconstante de “ceros a la izquierda”, y la libertad, una aspiración destructora de los lazos sagrados, un desorden anárquico, del mismo modo que el derecho es una blasfemia contra la gracia, y la engañosa igualdad una barbaridad, “jusqu’à ce qui tout le monde soit égal parce qui tout sera tombé au plus bas”.⁴⁸

Grillparzer, según Magris, podría haber dicho, al igual que Metternich: “Yo soy el hombre de lo que era”, advirtiendo que lo que era consistía, en primer término, en la gloria imperecedera de la Casa de Austria, aun cuando su ocaso ya era patente, irreversible e inevitable. De ahí el empeño literario de Grillparzer por “conjurar el Destino desde la Literatura”, imagi-

⁴⁶ *Ibidem*, p. 154.

⁴⁷ Carrillo Prieto, I., *Ante la desigualdad social: Rousseau, precursores y epígonos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2012.

⁴⁸ Magris, *op. cit.*, p. 161.

nando lo imposible, fabulando la misión divina que la Providencia le habría conferido a Austria desde la noche de los tiempos ungiendo la diadema de Carlomagno a fin de que el fulgor del cristianismo alumbrara por siempre los ásperos caminos del hombre, fuera tan patético, tan hondamente desesperado, tan desoladoramente estéril, tan desgarradoramente imposible.

Grillparzer, dice Magris, “era totalmente ajeno a la ideología liberal”: fue un conservador educado, casi majestuoso, muy diferente a los de la corriente inglesa, tan insularmente ensimismados. Dicho de otro modo: el suyo era un conservadurismo idealista, ignorante de las “apoyaturas” político-económicas británicas, un conservatismo literario, desdeñoso del frío, pero fértil análisis de los teóricos allende El Canal. Sordo, hipocondriaco y ya aislado de la corriente de la vida real, tuvo la osadía de formar parte de la Cámara Alta, batallando a favor del centralismo y contra las reivindicaciones magiares y un clerical empecinado en el debate sobre el Concordato de 1855.

“Fueron años de pasión y de agitación que verían fracasar, una tras otra, diversas tentativas de organización”.⁴⁹

La *Ringstrasse*, abierta en 1865, daría nombre a la privilegiada burguesía del nuevo vecindario: *Ringstrassenbourgeoisie*, nombre tan largo como aquella avenida, favorecedora del arte y la cultura humanista y científica. (Más tarde, por aquellos rumbos, nacieron la teoría atómica, el psicoanálisis, la teoría del derecho “pura”, la filosofía lingüística, el positivismo lógico, las arquitecturas revolucionarias, con musicalidades inauditas y plásticas deslumbrantes, fundamentales del mundo actual).

Revela Magris que un soterrado conflicto en la familia imperial selló el destino de un hombre que fue muy cercano a Grillparzer: “Maximiliano de México”.⁵⁰

L'histoire tragique de cet *archiduc rêveur et raffiné*, emporté par des événements qu'il était impuissant non seulement à freiner mais même à comprendre ; est devenu l'un des thèmes les plus connus de la légende habsbourgeoise. Elle a inspiré Franz Werfel et Friedrich Schreyvogel, chorégraphes et metteurs en scène, au point que l'image mythique du prince a fini par effacer le visage de l'homme.

Magris ve en Maximiliano “un reaccionario romántico y un liberal ilustrado,⁵¹ harto del tedioso encanto de Miramar y nostálgico de lejanas em-

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 165 y 166.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 168 y 169.

⁵¹ (Así lo miró también el historiador Ruiz-Massieu, que gobernó Guerrero y acabó herido de muerte por un régimen político delicuescente, depredador, soberbio, de infeliz memoria).

presas”. Dice que fue un hombre interesante, muy vivo, preso entre contradictorios deseos, carente de firmeza. Viajó a Bahía en 1860 y escribió “páginas profundamente humanas y fogosas” contra la esclavitud. En Gibraltar supo Fernando Maximiliano los horrores carcelarios y supo criticar aquel inhumano sistema penitenciario. En Granada se dejó arrebatar por sueños de imposible grandeza ante la tumba de Isabel y Fernando. El investigador acucioso aquí no profundiza en las causas y los efectos que aclararían ese momento complejo que condujo a un Segundo Imperio mexicano.⁵² Se deja llevar Magris por una versión edulcorada del sangriento choque entre liberales y patriotas mexicanos, y los también patriotas mexicanos desencaminados y muy lastimados por la Guerra de Tres Años, cuyo resultado había sido concluyente, política, legal, moral y militarmente, aunque socialmente no había conseguido alcanzar la concordia nacional.

El mecanismo armado por los conservadores desarraigados del país real al llamar a Maximiliano de Habsburgo, recurso desesperado para los mejores de ellos y ocasión de medro, económico y político, para los otros, ambiciosos desaprensivos (en México y en Francia) hizo del sangriento episodio una ocasión incomparable para el progreso de la Doctrina Monroe, dejando heridos a los mexicanos. Las cicatrices de todo ello tardarían muchos años en cerrar, y no han desaparecido del todo. (Ejemplo de ello, la repulsión ridícula contra Juárez, lugar común de nuestra derecha, que llegó a pretender suprimir su recuerdo triunfante).⁵³

Con inocultable simpatía Magris ha recorrido los diarios y poemas del infausto archiduque, calificándolo de “escritor elegante”, en el estilo de Heine “a causa de esa lucha entre el anhelo de una vida pacífica y el amor a los espacios lejanos” que impregna su visión de las cosas y que tanto dolor causaría en la estúpida aventura a la que se prestó sin convicción, cosa que Magris parece preferir pasar por alto, como también soslaya que aquel *Walzrkönig* nunca tuvo la presencia de ánimo suficiente para deslindarse del Napoleón diminuto y del medio hermano lúbrico, el duque de Morny, antes, durante ni después de la ocupación francesa de México. Magris prefiere reducirse a ponderar las ensoñaciones de aquella mente indisciplinada y fantástica, tan opuesta a la del estadista auténtico, y que pagaría con sangre en el queretano Cerro de las Campanas, en donde los Habsburgo años después levantaron una fea capillita que solamente valdría hoy para recordar

⁵² Patricia Galeana, relevante historiadora, a quien debemos los más agudos y concluyentes análisis del tema.

⁵³ El merecido momento fúnebre de la derecha se llama “Estela de Luz” “la suavicrema”, la del Calderón aquel y sus rapaces corifeos, periquitos y periquitas aficionados a los más vulgares rictus de política, y al dinero ilícito.

a Miguel Miramón, “el Joven Macabeo” de la leyenda conservadora. Max, el poeta, terminó viéndose a sí mismo como “un ave con las alas heridas, vanamente deseoso de emprender el vuelo”. También guarda silencio ante el odioso edicto de pasar por las armas a todo aquel que entorpeciera a los invasores, sin necesidad de proceso legal alguno, que no abona en nada la tesis de la buena voluntad y del liberalismo del austriaco, que todavía alegan los nuevos alucinados.

El malogrado “emperador” estaba convencido de que “la rigidez no es sinónimo de fuerza”, reveladora frase, confesión de las debilidades de su espíritu, desordenado y mariposeador, como también lo es aquella en que sostiene que “los Estados viejos caen enfermos de sus recuerdos”, dictamen venenoso muy a propósito para pretender molestar a su mediocre e imperial hermano, que le dejó se aventurara a una muerte segura. Antes de caer ajusticiado ante el pelotón juarista (que Manet pintó, uniformado a la francesa, causando escándalo en París) condecoró Maximiliano a Grillparzer con el Collar de la Orden de Guadalupe, quizá porque el destierro que en el septentrión americano había padecido el archiduque en algo fue aliviado por las cartas que el escritor reaccionario le dirigía cálidamente desde la añorada villa danubiana a la que no volvería el Frívolo Iluso.⁵⁴

Valgan las líneas de Antonio Machado para mejor concluir una suerte de aforismos políticos de quien partiría “ligero equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar” al final de otra sangrienta guerra civil, aparentemente concluida:

“El individualismo romántico no excluía la universalidad, antes por el contrario, aspiraba siempre a ella. *Se pensaba que lo más individual es lo más universal y que en el corazón de cada hombre canta la humanidad entera*”.⁵⁵

“Comenzamos a reputar insinceros a los *románticos declamatorios, hombres que simulan sentimientos que acaso no experimentaban. Somos injustos. No es que ellos no sintieran; es más bien, que nosotros no podemos sentir con ellos*”.⁵⁶

Nunca la palabra “burgués” —decía Juan de Mariena— ha sonado bien en los oídos de nadie. Ni siquiera hoy cuando la burguesía con el escudo al brazo —después de siglo y medio de alegre predominio— se defiende de ataques fieros y constantes, hay quien se atrevía a llamarse burgués. Sin embargo, la burguesía, con su liberalismo, su individualismo, su ciencia positiva, su florecimiento industrial, mecánico, técnico; con tantas cosas más —sin excluir el

⁵⁴ Magris cita una curiosidad erudita, el ensayo de Oberdofer, “Massimiliano I del Messico, Scritore” (1914).

⁵⁵ Edición de Oreste Macri, Madrid, 1988, p. 1783.

⁵⁶ *Op. cit.*, p. 710.

socialismo nativamente burgués— no es una clase tan despreciable para que Monsieur Jourdain siga avergonzándose de ella y no la prefiera, alguna vez, a su fantástica gentil hombría.⁵⁷

Si bien es necesario reconocer sin deformaciones (aumentativas o diminutivas) los hechos y el derecho que se agrupan bajo el nombre que el socialismo literario y “precientífico” y después el marxismo-leninismo, el maoísmo y el tropical castrismo hicieron odiosos, es menester también tener presente el origen y el fundamento de esa repulsión a la hora del “corte de caja”. Machado también puede ser traído en auxilio de una suerte de “último análisis”:

De lo que llaman los hombres virtud, justicia y bondad, una mitad es envidia y, la otra, no es caridad.⁵⁸

⁵⁷ *Ibidem*, p. 1914.

⁵⁸ *Idem*.